

en los Países Bajos entonces muchos monasterios, ó mejor dicho, muchas abadías; pero también es verdad que designados y elegidos los abades por sus comuniones respectivas, no dependían ni del Papa de Roma ni del rey de España, bien al revés de los verdaderos obispos presentados por una potestad y admitidos por otra, dependientes y sumisos por su carácter y por su origen á los dos soberanos. En mayo de 1559 se dió la bula para el aumento de los obispados por Paulo IV; y en enero de 1560 se confirmó la bula por el Papa sucesor de Paulo IV y conocido en la dinastía pontificia con el nombre de Pio IV. Los decretos pontificales decían bien á las claras las causas todas del aumento en los obispados y en los obispos. Traslúcese, al través de sus líneas, el temor á la revolucion religiosa. Colocada Holanda entre Alemania, origen de la herejía; Francia, segundo término y nexos; Suiza, consecuencia última y concreta, debía naturalmente arder en las ideas nuevas. El espíritu de Satanás con sus alas tendidas rodaría en torno de la nación y amenazaría con derribarla en las tinieblas. Nunca se necesitaba tanto como entonces un grande número de trabajadores eclesiásticos. En consecuencia fundáronse tres arzobispados, el de Malinas con seis sufragáneos; el de Cambray con cuatro sufragáneos; el de Utrecht con seis sufragáneos. La promoción de todas las Sedes fué concedida al rey, pero el Papa se reservó su confirmación. Estos obispos y arzobispos, á su vez, podían nombrar tres vicarios; y estos vicarios podían tener el nombre de inquisidores. Grande imprudencia en el Pontífice asociarse á las temeridades increíbles del monarca, y soltar en aquel monton de pólvora una chispa de fuego con el nefasto recuerdo de la odiada y odiosa Inquisición.

Examinemos como se quiera la revolucion de los Países Bajos; atribúyanse las causas á móviles pequeños y á bajas pasiones; dígase cuanto se quiera y pida el gusto respecto á las deudas múltiples de los señores, á las inquietudes irremediables de los campesinos, al deseo de lucro en los mercaderes; la causa única de aquel terrible levantamiento, destinado á dividir en dos Estados el antiguo unido territorio y á separar de nuestro techo provincias habituadas á vivir ya bajo nuestra nacionalidad; la causa única, decíamos, la causa primera, la causa determinante se halla en este tribunal de la Inquisición, odioso á los protestantes porque vulneraba las conciencias libres,

y no menos odioso á los católicos porque destruía las antiguas libertades. Tintelmann es el Torquemada flamenco. No perseguía por actos, perseguía por ideas; no se fundaba en procesos, se fundaba en sospechas. A un maestro de escuela, porque leía la Biblia, lo estranguló primero, y entregó luego su cadáver á las llamas. A un tejedor porque copiaba himnos de un libro impreso en Ginebra lo quemó vivo. Mandó acabar con la espada á un trabajador, á quien hirieron siete veces en presencia de su mujer, la cual murió del dolor antes que la misma sacrificada víctima. Cuéntanse cosas terribles en la historia de la Reforma, escrita por Brandt. Un mercader flamenco, muy caritativo, fué condenado á la hoguera en el pueblo que habitaba. Cuando estaban atándolo al palo para encender en torno suyo la leña, un pobre, á quien él protegía, lanzóse á salvarlo; y fué necesario arrancarle de allí á viva fuerza. Pero al día siguiente, como todavía estuviese medio carbonizado el tronco de la víctima en las frias cenizas, extrájolo de allí, y llevándolo á casa del burgomaestre, díjoles que se comieran sus huesos calcinados ya que se habían comido sus carnes vivas. Gachard trae y cuenta en sus relaciones de los Archivos de Lila notas como las siguientes: «A Santiago Barra, por haber quemado á Juan Lannoy, sesenta sueldos; y por haber aventado luego sus cenizas, ocho sueldos.»

El obispo de Arras, verdadero gobernante del Reino, habíase dado á secundar con todo empeño la política de Felipe II. Y no obstante las resistencias del pueblo, implantó los nuevos obispados y atizó las hogueras de la Inquisición. Tal proceder concitó en contra suya todas las iras populares, que difícilmente descargaban sobre los reyes en aquellos tiempos de culto religioso á los monarcas. Las cámaras de retórica, populares asociaciones donde se leían versos satíricos y se representaban farsas cómicas, habían concentrado, por liberales, á una, la oposición y la protesta. Y en estas distracciones y en estos esparcimientos del ánimo tomaban por principal objeto de sus iras al obispo de Arras, quien había prohibido los dramas religiosos. Charadas, epigramas, caricaturas, bromas de todo género mas ó menos pesadas, gracias de bufones mas ó menos ingeniosos, caían sobre la persona del obispo y le sacaban de tino. Un día cierto atrevido le presentó sobre su propia mesa episcopal un grotesco dibujo, en que presentábanle como una

gran gallina empollando huevos, por cuyas cáscaras medio rotas salian las cabezas de varios pollos coronados con mitras. Sobre todo aquello habia un diablo siniestramente pintado, quien, mirando á la clueca y á su pollada, decia del obispo: «Hé aquí mi hijo bien amado; seguidle y escuchadle.» Pero lo que mas ofendió al de Arras fué una sátira muy bien compuesta y muy libre, llena de injurias á su persona, y salida, segun se creia, de las tertulias del magnate Egmont. Poco á poco se iba formando una liga de nobles contra la política y la persona del prelado. Herido este con mortal herida, cuando se verificaban los grandes consejos, volvia las espaldas á Orange y Egmont sin saludarles siquiera, y se iba con la princesa y con los mas comprometidos en la resistencia y en los combates á las expansiones populares. Pero la oposicion de la nobleza no cesaba. El conde Brederó iba vestido de obispo á los bailes de máscaras, caricaturando y contrahaciendo la persona y figura del de Arras. Este noticiaba con escrupulosidad al monarca las amenazas que le perseguian, pero añadiendo al mismo tiempo su inviolable serenidad y su propósito de arrostrar por el rey toda clase de iras. Las gentes, sin embargo, le imaginaban muy asustado y decian que llevaba una cota de malla bajo su púrpura eclesiástica. El de Arras tenia tanto atrevimiento como arrogancia, y pagaba el odio con el odio. Y este odio se volvia muchas veces en positivo desden á los nobles y á sus amenazas de muerte. Segun cuentan los historiadores del tiempo, volvia muchas noches solo de una quinta hermosísima, que cerca de Bruselas estaba, y donde se recogia para sus ocios literarios. Muchas veces convidaba con irónica solicitud á los nobles, y los nobles no acudian á su mesa, de lo cual daba parte á Felipe II en prolijas cartas, holgándose muchísimo y riéndose á mandíbulas batientes.

En esto vino un accidente nuevo á mostrar las diferencias cada dia mayores entre la corte del monarca y la nobleza de los Países Bajos. La guerra civil antigua entre hugonotes y católicos estalló en el seno de Francia. Felipe II habia prometido á su ilustre suegra Catalina de Médicis, ayudarla en todo contra la herejía y contra los herejes. Así mandó expedir de Italia dos mil hombres, y otros dos mil hombres de España para que aumentasen la guarnicion católica de Paris; y destinó al mismo fin mil quinientos caballos flamencos. Al saber semejante medida la indignacion de los pueblos y señores

del reino creció en exacerbacion é intensidad. Aunque pretextaban á una las dificultades inmensas que tenia el desguarnecer las fronteras, no estaba en eso el efectivo toque de su resistencia; estaba en el secreto afecto é indignacion á los que sustentaban la causa calvinista en pueblos vecinos y cercanos. Margarita, la regente, dirigia verdaderas Memorias al rey, exponiéndole todos los obstáculos encontrados al cumplimiento de su voluntad. Pero el rey insistia con su acostumbrada insistencia; y entonces los dos verdaderos regentes, la duquesa de Parma y el obispo de Arras, convinieron á una en feliz estratagema. Sin consultar al rey para nada, interpolaron con arte suma en sus cartas hábil y prudente alternativa; que las cartas no contenian de ningun modo, resignándose á cambiar los contingentes de tropas con otros contingentes en dinero. Convinieron los Consejos en ello; y superaron así aquella dificultad gravísima.

Cosa difícil, en verdad, una inteligencia entre señores como los de Holanda y reyes como el Rey de nuestra patria. No decididos aun aquellos por la Reforma religiosa veíanla con tal favor que sustentaban el derecho de sus conciudadanos reformistas á sostenerla y profesarla públicamente, mientras el Rey la miraba con tal horror que no concebía para los reformistas sino el hierro y el fuego, modos de sentir opuestos y en su esencia inconciliables; por lo cual solo podian conducir á un ruidoso rompimiento y tras el ruidoso rompimiento á una inevitable catástrofe. Contábase de los grandes señores que habian abierto sus almas á las ideas revolucionarias esparcidas por los vientos venidos de Alemania como á todos los principios de derecho en ellas y en su virtualidad soberana contenidas. El famoso Montigny habia dicho á un alto comensal suyo, de Francia llegado, que todas las familias francesas distinguidas eran hugonotes; y el príncipe de Orange, á su vez, habia con razon añadido que no tienen los Estados civiles y los príncipes laicos medio alguno en sus facultades coercitivas de imponer dogmas y religiones á las incoercibles conciencias. Mientras estas ideas iban arraigándose con profundísimo arraigo en el ánimo de los nobles flamencos, las propensiones á la persecucion y al exterminio de los herejes enseñoreábanse con señorío incontrastable del ánimo de su monarca. Treinta y tres años tenia éste por aquel tiempo. Acababa de casarse con la menuda pero graciosa princesa conocida

en la historia con el nombre de Infanta de la paz y que á los diez y ocho años lucía en su persona todas las gracias francesas é italianas de los Valois y de los Médicis. Felipe II la recibió con mayor pompa en Toledo que recibiera en otros tiempos Carlos V á su novia Isabel de Portugal. Ardieron, por las noches, en fogatas y luminarias las adustas murallas de la imperial Toledo; presenció la riente vega cantada por Garcilaso, magníficos simulacros, en que las tropas reales, vestidas á la otomana y á la turca, fingieron y resucitaron los maravillosos combates de la cristiandad con la media luna á orillas del Danubio, danzaron las doncellas de la Sagra en los jardines de la Galiana y en los patios del Alcázar vestidas á la gitana y á la morisca, cual pudieran las huríes de los serrillos abencerrajes al son de la guzla y de la cantata melancólica, entre los susurros de las fuentes al lado de las albercas de mármol y so las estalactitas de carmin y oro; presenció Bibarrambla torneos propios de los tiempos caballerescos y juegos de cañas, y ensartes de sortijas propios también de Córdoba y Granada; lucieron los oficiales de la Inquisición sus trajes morados, los doctores de la Universidad sus hopalandas multicolores, los golillas sus negras túnicas, los grandes sus armaduras cinceladas y sus divisas aéreas, las calles sus arcos triunfales, el cabildo sus brocados riquísimos, la catedral sus maravillas de arte, y para que nada faltase, un Auto de Fe cerró con sus hogueras y con sus achicharrados aquellos extraordinarios regocijos.

¿Cómo habían de conciliarse y entenderse príncipes, que demandaban la libertad de conciencia y reyes que encendían los Autos de Fe? Había más. El Concilio de Trento se acababa de cerrar en diciembre de 1563. Durante los diez y ocho años que se hallara en ejercicio hubo de amenazar mil veces con cismas nuevos á la cristiandad ya desgarrada por el terrible cisma de Occidente. Felipe II cooperó más que ningún otro potentado europeo á que la última legislatura del Concilio fuese continuación de todas las reuniones anteriores; y los cánones parte integrante del cuerpo general de doctrina ortodoxa y de derecho canónico. No importó que sostuviera el Papa la fórmula usurpadora y absolutista; por cuya virtud pasaba el derecho de proposición á sus legados, contra el sentir y el parecer de Felipe II; la necesidad de un símbolo de creencias se imponía tanto, que, á pesar de sus proposiciones

regalistas, el rey pasó por todo con tal de obtener aquella uniformidad en la fe ortodoxa y en la disciplina eclesiástica, indispensables á la unidad católica. Así no se contentó con acelerar la redacción del cuerpo de doctrina; quiso imponérsela con imperio á todos los príncipes cristianos. Admitieronla sin vacilar desde los reyes de Polonia hasta los reyes de Portugal, desde la República de Venecia hasta las monarquías recientemente fundadas en Italia. Solo Francia, entre los pueblos católicos, no quiso promulgarlo como ley de su Estado, por creerlo atentatorio á las prerogativas de su corona y á la independencia de su Iglesia. Los señores de Holanda siguieron el ejemplo de Francia. Su nativa libertad parecía amenazada por aquellos cánones, sobre cuyo espíritu y sobre cuya letra se asentaba, como sobre sus bases, el absolutismo eclesiástico. Así es que las diferencias entre los señores de Flandes y el rey de España se agrandaban cada día más, encerrando en su seno verdaderos abismos.

Mientras hubo un cardenal Granvela, en quien descargar las iras señoriales, todo fué á pedir de boca. Los nobles imputaban al valido todo cuanto hiciera el monarca; y la responsabilidad de aquel servía como de segurísimo escudo á la inviolable majestad de éste. No se promulgaba fórmula de absolutismo eclesiástico, ni se encendía hoguera de Inquisición implacable, sin que se atribuyeran todos estos entuertos al ministro, en vez de atribuirlos al monarca. Su desgracia se dibujaba ya en los horizontes de la política con claridad no usada en corte como aquella. La regente Margarita de Austria no podía tolerar sus aires de predominio, y el favorito de la regente Armenteros, su incontrastable superioridad. En esto, los principales nobles flamencos se abstuvieron de concurrir al Consejo, y manifestaciones formidables mostraron la impopularidad del cardenal. Hallábanse reunidos los magnates á comer en casa de uno de ellos. La conversación recayó en los vicios del cardenal, y sobre todo, en el ostentoso aparato de su casa y de sus domésticos parangonado con la sencillez elegantísima de los señores alemanes. Entre tales y tan divertidas especies surgió una bien extraña, la de revestir las libreas nobiliarias con las modas del pueblo alemán, á fin de que por su modestia las servidumbres nobiliarias contrastasen con la ostentosa y asiática servidumbre cardenalesca. Un chusco añadió la pretensión de que se pusiesen